

Elecciones para un nuevo pacto social

ARTURO SOSA A.

La principal característica de la presente situación política es la anunciada crisis nacional. La dirigencia política y económica del país hace meses que está convencida de su inminencia y hace enormes esfuerzos para convencer al resto de los venezolanos —los dirigidos— de la importancia de percatarse de su cercanía y gravedad y de la necesidad de hacerle frente "como un solo hombre". La crisis proclamada por la dirigencia nacional es una crisis económica. Se nos anuncia la llegada de la época de las vacas flacas. Nuestro aparato productivo se encuentra todavía inmaduro para afrontar la compleja tarea de sobrevivir por su cuenta. La industria petrolera se encuentra en un momento de reestructuración que exige inmensas inversiones recuperables a muy largo plazo. La disminución de los ingresos fiscales complica la situación financiera del Estado, su capacidad de responder a los compromisos de la deuda pública externa e interna y, al mismo tiempo, continuar los impostergables planes de expansión de los servicios públicos, de las inversiones estatales... etc., etc.

Sin embargo, si buscamos el fondo del asunto llegamos a la conclusión de que Venezuela no vive una situación de catástrofe económica. Vive, sin duda, un momento en el que son necesarios una serie de reajustes para empezar a caminar por la ruta de la racionalidad que exige una restricción real de recursos económicos, con tendencia a ser prolongada, en contraste con la situación de sobreabundancia vivida en los últimos años. La "suerte" de no haber llegado a esta situación anteriormente por las fortuitas alzas de precios petroleros en 1973 y 1978 ya no se repetirá. Ahora tenemos que vivir y crecer en proporción a lo que seamos capaces de hacer con los recursos reales de que disponemos.

Lo que sí es más cierto es que estamos en una crisis política y de ello también están convencidos los grupos dirigentes de la nación aunque no le hablen tanto a los dirigidos. Pero están en plena actividad para salir de esa crisis bien parados. No hay que ser demasiado perspicaz ni agudo analista de la situación para percatarse de la

creciente desconfianza que existe en la población venezolana hacia los partidos políticos. En primer lugar hacia los que han tenido la responsabilidad de dirigir el país en estos 25 años. Y por añadidura a los demás. Una desconfianza que tiende a ir más allá y convertirse en una sensación de frustración respecto de la democracia como sistema político. Con el paso del tiempo la mayor defensa de la democracia vienen siendo los temores hacia las alternativas autoritarias, más que las propias capacidades de enfrentar y solucionar los problemas de la sociedad venezolana. A tratar de entender esa crisis política y sus implicaciones para el pueblo venezolano se dirigen las presentes reflexiones sobre el panorama político nacional.

EL PLEBISCITO DE 1983

A la caída de la dictadura perezjimenista la asociación entre sistema político democrático y elecciones se hizo prácticamente una identificación total. Las elecciones de diciembre de 1958 fueron el espaldarazo legitimador por parte de la población venezolana del camino que se iniciaba hacia la construcción y afianzamiento de un sistema democrático en Venezuela.

La posibilidad de realización de ese proyecto democrático dependía de la capacidad que tuvieran sus fuerzas dirigentes de agrupar el mayor número de aliados posibles. De allí que los comienzos de la democracia venezolana tengan como actores a los partidos políticos existentes, a los militares "institucionalistas", a los empresarios decididos a dar nuevos pasos en el desarrollo capitalista y a la Iglesia Católica. Tal reunión de fuerzas debía encontrar su legitimidad como dirigencia democrática, encabezada por los partidos. Y ése es el papel de las elecciones. La realización periódica de elecciones a todos los niveles de la sociedad permite presentar al proyecto democrático como algo aceptado por todos los venezolanos y no sólo como el interés de los grupos dirigentes.

Así, el mecanismo electoral ha funcionado como plebiscito periódico en favor del sistema democrático tal como se ha organizado en Venezuela. Las elecciones de 1958 sirvieron de re-

chazo a la alternativa militar, las de 1963 significaron la mayor derrota política sufrida por la izquierda levantada en armas, las de 1968 apuntalaron la flexibilidad del sistema al demostrar la posibilidad real de la alternabilidad en el ejercicio del gobierno. Las de 1973 y 78 fueron repetidos plebiscitos de opinión sobre la actuación de los respectivos equipos de gobierno. La constancia del electorado venezolano en acudir a la cita electoral, en elecciones en las que las alternativas reales no varían mucho entre sí, nos hace pensar en esta idea de su función plebiscitaria a favor del sistema democrático.

Si la estabilidad democrática lograda permitió que las elecciones del 73 y 78 pudieran percibirse como un juicio u opinión sobre la labor de los respectivos gobiernos, la presencia de una crisis política hace que las próximas elecciones de 1983 adquieran un carácter de plebiscito más importante. Se trata de lograr la adhesión de la masa electoral a la recomposición que se está gestando del pacto entre los grupos dirigentes para rehacer sus posibilidades de liderazgo del sistema en su nueva etapa de restricciones económicas y superar la sensación de fracaso o frustración de las posibilidades de la democracia.

Las elecciones que se avecinan adquieren, por tanto, una importancia de primer orden en la solidificación del sistema político venezolano que se inició el 23 de enero de 1958. Un primer objetivo en estas elecciones es mantener la alta participación de los votantes. Este es un primer signo de la aceptación de la recomposición del pacto. Pero la propuesta al plebiscito es más compleja y vamos a tratar de explicarla.

AUGE DEL PACTO DE PUNTO FIJO

Eso que llamamos la democracia venezolana nació de la conjunción de las fuerzas dirigentes que mencionábamos arriba (partidos, militares, empresarios e Iglesia). En el aspecto estrictamente político llega a un alto grado de formalidad. La caída del dictador genera una situación social que presenta grandes incertidumbres. Los intentos por parte de sectores de las Fuerzas Armadas de recuperar el control del gobierno no



es el de fortalecer ideológicamente esta alternativa para favorecer y profundizar la aceptación por parte de toda la nación y de las fuerzas hegemónicas del capitalismo occidental.

De esta manera se estructura un sistema político cuyo eje fundamental es la mediación que hacen los partidos políticos y organizaciones sindicales controlados por ellos, entre el Estado y una sociedad civil carente de organizaciones autónomas y con fuerza propia.

Durante la fase de estabilización del régimen democrático, los partidos incluidos en el pacto logran organizar una comunicación permanente con las masas con las características de una relación clientelar en la que la población busca asegurar la participación en el desarrollo económico y los partidos amarran la adhesión al proyecto por ellos dirigido. La eficacia del mecanismo ha quedado demostrada.

Otro factor ayuda a la consolidación de este mecanismo y del sistema político en su conjunto: la reacción de los excluidos. Tanto los militares como la izquierda intentan el control del gobierno y del Estado por la vía de la fuerza y no logran el poder suficiente para hacerlo. La derrota de la izquierda no se da sólo en el campo de la lucha armada sino sobre todo en el campo político. El pacto democrático aprovecha muy bien la ocasión para un eficaz proceso de ideologización anti-comunista de las masas populares que logra, junto con el combate policial-militar, aislar a la vanguardia izquierdista de su relación con el pueblo. A ello

cesaron en varios años.

El pueblo regresó a las calles. Además recuperó la posibilidad de organizarse políticamente. En ese ambiente la izquierda tenía la ocasión de construir una fuerza que empujaron hacia la alternativa socialista. Tal situación obligó a los defensores de la democracia representativa formalizar el "pacto de Punto Fijo" que incluía: aceptación inmediata de los resultados electorales, estructurar un gobierno cuya responsabilidad fuese de todos los partidos firmantes (AD, COPEI, URD) y un programa de gobierno a ser puesto en práctica por el ganador.

Desde el punto de vista político el pacto excluye a los que sus firmantes consideran las principales amenazas para iniciar el proceso democrático: los militares con pretensiones de mantener un "gobierno de las Fuerzas Armadas", por la derecha; y a los Comunistas, por la izquierda.

Pero el pacto va más allá. Los incluidos pretenden estructurar un sistema político en el que el Estado, por ser el canal de distribución de la renta petrolera, sea simultáneamente el creador de las condiciones para el desarrollo capitalista de la economía y el ente político-social que encarna los intereses nacionales identificados con la democracia. El manejo de ese aparato del Estado es responsabilidad directa de los partidos políticos, que además deben garantizar la adhesión de la población a esos ideales nacionales democráticos. Los sectores empresariales son los encargados del desarrollo económico para el que el Estado garantiza las condiciones. El papel de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia, en modos y campos distintos,



se suman los errores teóricos y prácticos de las propias fuerzas de izquierda.

Es el momento del auge del pacto de Punto Fijo: ha logrado constituirse en la única representación política vinculada con el pueblo y en un momento en que el crecimiento de la renta petrolera permite acelerar los planes de desarrollo económico capitalista y la generación de las capas sociales capaces de gerenciarlo.

LA "COGOLLIZACION" DEL PACTO.

Una vez aniquilada la alternativa militar y aislada la izquierda del conjunto de la sociedad civil, también los incluidos empiezan a aislarse de la población. Esta no tiene más alternativas maduras y se produce, entonces, un proceso de cogollización en los mecanismos de toma de decisiones sociales, económicos y políticos.

En los partidos la cogollización es clara: cada vez la participación real en la toma de decisiones de la militancia o la dirigencia media es menor. Las convenciones o asambleas se van convirtiendo en lugares de aclamación o aceptación de decisiones que vienen ya tomadas. Va perdiendo aliento la discusión doctrinal o práctica en las instancias organizativas locales o nacionales. Todo el poder se concentra en el CEN o en el Comité Nacional y dentro de esos organismos en cada vez menos personas. Incluso tienden a alargarse los plazos de duración en los cargos partidistas y a hacer menos amplias las bases de su elección. Sobre todo en los dos partidos grandes de Venezuela, la dirigencia media y la militancia no son más que una base obediente de las decisiones de la cúpula.

Algo semejante ocurre al nivel del Estado. Sobre el mecanismo electoral mucho se ha ya escrito. Son los partidos los que controlan quiénes entran en los puestos "salidores" en cualquier nivel, y no el elector. Luego, el Congreso Nacional y los demás cuerpos deliberantes funcionan por fracciones. El jefe de fracción recibe órdenes del organismo decisor nacional y negocia con el otro jefe de fracción, conociendo la opinión de los otros socios incluidos del pacto. En ese escaso círculo se toman las decisiones legislativas. En el Ejecutivo la voluntad presidencial es aún más importante y extensa. El poder Judicial también conoce la influencia de los cogollitos, que reducen a su mínima expresión su papel de garante del Estado de Derecho a todos por igual.

En el sector empresarial también son los jefes de los grandes grupos económicos horizontal y verticalmente integrados los que toman las decisiones y presionan y acuerdan con el Estado y los partidos. Poco lugar tienen los empresarios individuales sin son pequeños o medianos. Los otros son "ejecutivos" de los grandes grupos y también acatan. El movimiento sindical, por su parte, es controlado todavía por los partidos y poca o ninguna participación tienen las bases obreras o las organizaciones que pretendan alguna autonomía.

Se podría hacer un análisis más detallado en este proceso de concentración de las decisiones en muy pocas manos compartidas entre las altas cúpulas partidistas y empresariales. Pero, con estas pinceladas basta para dejar clara la idea del proceso que queremos subrayar: la sociedad venezolana es una sociedad que no decide. Decide por ella un "cogollito" que ha logrado, además, presentarse y representarse como apoyada en una amplia base social, como expresión del conjunto de la sociedad civil.

Junto con ese proceso de concentración en la toma de decisiones en todos los órdenes de la vida social otros factores evolucionan en sentido de apoyar ese modo de proceder. El más importante de esos factores es el afianzamiento ideológico del sistema político. Los mecanismos formales e informales de ideologización de la sociedad funcionan y se logra introyectar en la conciencia de la mayor parte de la población la fidelidad a este sistema como el que responde a los intereses y a la idiosincrasia nacional, apoyada, además, por un rechazo visceral a las alternativas autoritarias y al "comunismo". Igualmente se desarrolla y diversifica la burguesía nacional con grandes intereses en común, pero con conflictos parciales. De esa manera se logra una mejor imagen de pluralismo. Las peleas parciales entre la burguesía agraria con el sector financiero o industrial o comercial, se presentan como el dinamismo "democrático" de la sociedad en lo económico, cuando hoy más que nunca el control de los grupos económicos es la palabra final. De igual manera, el Estado evoluciona de ser el protector del desarrollo capitalista y de sus agentes a involucrarse él mismo en el proceso capitalista. El Estado venezolano, como tal, es un importante "capitalista" que maneja sectores fundamentales de la actividad económica nacional.

Igualmente se produce una sectarización en la relación con la masa popu-

lar. En la medida en que se estrecha la disponibilidad de recursos, la posibilidad de sostener la relación clientelar se va reduciendo a sólo los partidarios. Así cuando gobierna AD o COPEI, los favores sólo alcanzan a los adecos o copeyanos "sectariamente".

LA NUEVA PROPUESTA A PACTAR

Simultáneamente al proceso de concentración social arriba dibujado, se va dando en el seno de la sociedad civil una politización en el mejor sentido de esta palabra, es decir, una toma de conciencia de las responsabilidades de establecer y dirigir los objetivos de la sociedad que permanezca en manos de las organizaciones de la sociedad civil y no sólo en manos de los cogollitos partidistas. Las manifestaciones de ese proceso tienen que ver con el creciente antipartidismo que se palpa en muchos niveles de la sociedad y los múltiples esfuerzos de surgimiento de organizaciones autónomas de la sociedad civil orientadas a la gestión directa por los ciudadanos de espacios de su vida social. Es el nacimiento aún incipiente de movimientos sociales, nacidos de la propia gente y directamente gestados por ella.

En general los partidos perciben este proceso como una amenaza. Primero porque muchos lo ven como una apolitización o como un enfriamiento del entusiasmo político por la democracia, y no como lo que es. Otras veces porque les reduce el espacio de manejo clientelar y la exclusividad en la comunicación entre los ciudadanos y el Estado. De allí que en la práctica le declaren la guerra a muerte a esas organizaciones sociales a las cuales intentan mediatizar, es decir, ponerlas bajo su control, o aniquilar.

Además del surgimiento de los movimientos sociales, sucede otro fenómeno. Los excluidos del pacto de Punto Fijo, derrotados en el proceso, reconocen su derrota y se esfuerzan por rehacer su estrategia de participación en la evolución de la sociedad venezolana. Para la derecha militar la difusión de la llamada "Doctrina de Seguridad y Defensa Nacional" propone una buena base ideológica para justificar su presencia en la marcha de la sociedad y convertirse en una fuerza sustentadora de la lucha anticomunista, generalmente revestida de un ropaje nacionalista de tinte chauvinista y fanático. La izquierda, por su parte, entra en un gran debate teórico y práctico. Comienza partiendo de la base de que debe aprovechar los espacios, por pequeños que sean, de participación en el sistema



democrático que los derrotó y, sobre todo, abrirse espacio en el hecho electoral, legitimador de su propia presencia en la vida política. Además se enfrasca en una discusión que intenta clarificar desde el carácter de la revolución venezolana hasta las implicaciones y límites de la participación en el sistema democrático respetando unas reglas de juego que le son impuestas. Además, debe adoptar una conducta política que la haga aceptable a la ideología que ha sido eficazmente introyectada en el conjunto de la sociedad.

Habiendo logrado el afianzamiento ideológico de la actual democracia, que mantiene la exclusión sobre todo de la izquierda, los incluidos pueden proponer a todas esas fuerzas políticas que pasen a formar parte del pacto democrático. De esa manera lograrían mejorar su imagen de una democracia amplia y pluralista en la que tienen cabida todas las ideologías, a condición de que éstas acepten una de las reglas fundamentales: jugar en el terreno político y no en el social. Es decir, se abren las puertas para la participación en las estructuras formales del Estado a través de la participación electoral y tendrán derecho al disfrute de todos los beneficios que de allí se pueden derivar. Pero esa dinámica implica funcionar como organizaciones mediatizadoras de la sociedad civil y no como expresiones orgánicas de sus aspiraciones generales o sectoriales. De esta manera el sistema democrático logra presentarse como capaz de hacer surgir alternativas nuevas, evitando el desgaste y la presentación de un bipartidismo cerrado, imposibilitado de dar salida a las sensaciones de

frustración o decepción del pasado.

Por otra parte, las condiciones económicas previsible para el futuro indican que el crecimiento ha de ser muy poco y muy lento. Lo que significa que la torta a repartir es más pequeña y hay que reducir los comensales y, quizá, hasta la propia ración. De allí que se invite a asociarse al nuevo pacto a las cúpulas de los sectores económicos y no a los pequeños o medianos empresarios y a la CTV que conjuga el control sobre el movimiento sindical, buenas relaciones con los grandes partidos y las "terceras fuerzas" insurgentes y grandes intereses económicos directos. A los sectores militares se les considera lo suficientemente ideologizados y relacionados de tal manera con el funcionamiento del sistema político que sus cúpulas forman parte de los cogollitos decisores y son de los sectores que mejor pueden sobrellevar la reducción de recursos.

La Iglesia Católica ya no se percibe como factor potencialmente conflictivo a quien hay que asociar para garantizar la estabilización del sistema democrático. Ya forma parte "natural" del funcionamiento de la sociedad venezolana. Su presencia es vista como la de un "socio fundador".

Participa en ese aval al conjunto del sistema, además colabora en programas concretos, dentro de su especialidad, y, finalmente, "controla" a aquellos grupos cristianos que participan en el surgimiento de movimientos sociales autónomos.

Esos son los integrantes del nuevo pacto propuesto. La idea-eje es, de nuevo, la salvación nacional. Enfrentar la "crisis" democráticamente para salvar al país democráticamente y afianzar así una experiencia única en América Latina. La nación se identifica con la recomposición del pacto político que intenta hacerse pacto social.

ELECCIONES, PUEBLO Y ALTERNATIVAS

En lograr la aceptación masiva de ese pacto se basa la estrategia electoral de AD y COPEI. El primero ha encontrado una manera de presentarlo como un paso de avance y ha comenzado a hablar de la "democracia social" como perfeccionamiento de la ya lograda "democracia política" de la que AD es creadora y realizadora. Para dar ese paso es necesario aceptar el "pacto social". Ambas expresiones son ambiguas. Allí reside precisamente su virtud, pues las hace atractivas a todos los sectores de la población.

COPEI, por su parte, presenta la idea de una "candidatura nacional" que va más allá del partido y ofrece su mejor hombre, el de mayor experiencia, para enfrentar una crisis que afecta no sólo a los copeyanos sino al sistema democrático, a la nación entera. El mensaje también se dirige a toda la población, pero parece intentar acentuar su efecto en aquellas capas o sectores que se vean en mayor angustia y peligro ante la perspectiva de la "crisis" económica.

El triunfador de estas elecciones, si se logra mantener la alta participación de votantes característica de las anteriores, será no sólo quien formará el gobierno, sino el líder del nuevo pacto propuesto. Por eso, para lograr que sea una responsabilidad compartida se comienza a hablar de nuevo de "programa mínimo", de concertar una política petrolera común y una política económica conjunta, de mantener ciertas áreas y problemas "fuera de la discusión política ..." e, incluso, se empieza a invitar al MAS a ciertas consultas sobre problemas o situaciones críticas de manera que se ensanche la base de concertación.

La izquierda se encuentra en un momento bien difícil. Por un lado ha venido haciendo un esfuerzo por salir de las casillas dogmáticas de un marxismo anquilosado para encontrar formas de lucha revolucionaria en una situación como la venezolana. De esa manera ha venido logrando una participación más o menos importante en la vida política nacional y ha logrado contrarrestar la ideologización anticomunista para presentarse como una alternativa posible para los venezolanos. Su espacio electoral es hoy mayor del que ha sido en otras épocas de la historia. Sin embargo, no ha tenido tiempo de superar su aislamiento orgánico con el pueblo. Su vinculación hoy es fundamentalmente a través del voto y no puede decirse que la votación de izquierda represente la magnitud de la fuerza social que realmente tiene. De allí que, consciente o inconscientemente, está aceptando la propuesta de formar parte del nuevo pacto político-electoral.

La otra posibilidad es no dejarse atrapar en la lógica del pacto político que le proponen las fuerzas del status y dedicar sus mejores esfuerzos a vincularse con el proceso de surgimiento de los movimientos populares autónomos. Y desde la creación de ese nuevo sujeto social participar en las elecciones como una más de las formas de lucha por la transformación estructural de Venezuela.

De aquí no debe desprenderse

una conclusión simplista que lleve a decir que la izquierda no debe participar en las elecciones o en las instituciones democráticas, o que no debe tener interés por crecer electoralmente. La cuestión de la participación de la izquierda en la democracia y en las elecciones es mucho más compleja y no se resuelve con posturas maniqueas. Evidentemente que los partidos de izquierda tienen que participar en las elecciones y en las instancias para las que son elegidos, en una forma tal que represente la profundización de una democracia real y no un nuevo elemento camuflador de una democracia restringida a intereses de grupos muy particulares.

Para el pueblo venezolano la situación ante las elecciones no es nada halagadora. Se le convoca a un plebiscito sin alternativas. Un autoritarismo militar sería un paso hacia atrás demasiado costoso. De eso se tiene conciencia, que se afianza día a día con la experiencia de los países del cono sur.

De todo lo que venimos diciendo queda perfectamente claro que la principal carga del recorte de recursos exigido por la situación económica previsible va a caer sobre los hombros del pueblo. Más aún ya la está soportando el pueblo. El manejo de la situación de crisis nacional, el esfuerzo por resucitar una suerte de "espíritu unitario", la propuesta de recomposición del pacto político incluyendo a todo el mundo... etc., es la carga que los responsables de lo que hoy hay nos quieren presentar para poder seguir disfrutando de la mejor parte.

Si la izquierda, o al menos algún sector de ella, no es capaz de salirse de la trampa que le tiende la propuesta de inclusión política y no social en la nueva alianza "nacional" y abrir un espacio donde tenga oxígeno el surgimiento de movimientos sociales autónomos, el pueblo venezolano no tiene alternativas en la próxima consulta electoral y se hace más difícil la lucha por encontrar esos nuevos espacios sociales que puedan ir encarnando una alternativa popular de relaciones sociales para Venezuela.

